—¡Hola!—dijo.—Estas deben ser las ventanas de *Madame Albert.* Se conoce que á esta señora le agrada el fresco de la noche.

Luego, como sorprendiéndose en esta especie de espionaje, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué necia es la curiosidad! ¿Qué me importa á mí que á esa *Madame Albert* le guste el fresco de la noche?

Y como haciendo un esfuerzo, dió la espalda al edificio, y siguió su camino; pero, como el jugador que ha perdido su última apuesta, iba hablando solo.

—En efecto—decía:—esa mujer me ha mirado de un modo particular. ¡Demonio!..... Todavía me parece que tengo sus ojos en los míos. ¡Qué mirada!..... ¡Santo Dios, qué mirada!..... ¿Y quién es esa mujer?..... ¿Y á mí qué me importa?..... Y es hermosa..... ¡Oh, sí, diablo! ¡horriblemente hermosa!

Y como si huyera de alguna persecución invisible, apretó el paso, perdiéndose en las sombras del camino.

X

LA VISITA

En la casa del Vecino, de cuyo aspecto general hemos dado antes una ligera idea, hay un jardín, ó, mejor dicho, una pequeña huerta, que se encuentra á un lado de la casa, con la que se comunica por medio de una puerta sin madera, abierta en el muro lateral del edificio.

Dejando la alameda que conduce á la puerta principal de la casa, se ven á la derecha dos grandes perales, cubiertos á la sazón de fruto, que, uniendo entre sí sus ramas á una respetable altura, forman caprichoso arco, que sirve de entrada y viene á ser como el pórtico del jardín.

La cerca de esta huerta no es una verja de hierro simétricamente interrumpida por pilastras de piedra y sostenida por el zócalo indispensable; no es tampoco una pared humilde, lisa y llana, y ni

siquiera es una insignificante empalizada, pues sólo se compone de ásperos espinos y cardos salvajes, que cierran los cuatro ángulos, como diciendo:

«¡Eh!..... por aquí no se pasa.»

Entre estas plantas incultas é intratables que forman la cerca, crecen florecillas silvestres, que alzan sus botones entreabiertos, festoneando con variedad de colores y diversidad de dibujos toda la extensión del cercado.

En cuatro pequeños cuadros se divide la huerta, porque dos sendas la cortan en cruz; sendas que las copas de los frutales, confundiéndose unas con otras, convierten en caminos cubiertos, por los que es preciso andar doblando continuamente la cabeza para no dejarse el sombrero colgado de las ramas.

Donde las dos sendas se cortan se levanta un cenador, en cuya cúpula se juntan las copiosas ramas de cuatro manzanos, entretejidas por bulliciosas enredaderas, que entran y salen, suben y bajan, se extienden y se enroscan, y van y vienen, colgando de trecho en trecho sus campanillas de color de púrpura para que resalte sobre la verde pompa de las hojas y sobre la fresca palidez de las manzanas.

En esta especie de kiosko rústico hay cuatro asientos de piedra sin brazos y sin respaldo, que constituyen todo el mueblaje de la pieza, á la que Juana llama su gabinete verde.

El aire corre aquí suave y fresco, y el sol no penetra bajo la doble sombra de las enredaderas y de los manzanos.

Aquí es donde ahora vamos á encontrar á Juana, siguiendo el hilo de nuestra historia.

Allí había llevado la mujer de Jaime su costurero, y allí, sentada sobre uno de los bancos de piedra, proseguía la labor en que la vimos empeñada la noche que acompañamos al Vecino desde el establecimiento á su casa.

Está prendiendo un lazo azul sobre una pequeña gorra guarnecida de encajes blancos como la nieve, pero no tan blancos como sus manos.

El lector querrá saber los pormenores de su *toilette*, y vamos á exponerlos.

El adorno con que sujeta las ondas, digámoslo así, agitadas de sus cabellos negros, es la misma redecilla con que los hallamos sujetos la primera vez que la vimos.

Sobre su cuello aterciopelado y desnudo hasta el nacimiento de la garganta, pendían de entrambas orejas dos aretes de oro, que lucían dos perlas como dos lágrimas.

No era posible precisar la gracia del talle, porque sobre la bata de percal listado que lo ceñía flotaba sin sujeción ninguna el amplio peinador que ya le hemos visto.

No había concedido más pormenores al adorno de su persona; y, como se ve por la sencillez de sus atavíos, no habría consumido mucho tiempo arreglando su tocado en el espejo.

Mas Juana era al fin mujer; tan mujer, que iba

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

pronto á ser madre, y no debemos extrañar que se note en el abandono de su prendido alguna *coquetería*.

Una pequeña rosa vivamente encarnada brillaba sobre las negras ondas de su cabeza, como si de este modo quisiera dar á entender cuán risueña era la primavera de sus pensamientos.

Por lo demás, en su semblante, permítaseme decirlo así, respiraban los ojos que la veían la triple juventud de la edad, de la salud y de la esperanza.

Joven simplemente es cualquiera: Juana era tres veces joven.

No habían invadido su ser ni la vejez de los años, ni la decrepitud de las enfermedades, ni la triste ancianidad de las penas.

Se podía decir que vivía respetada por el tiempo, por el mundo y por la naturaleza.

Así es que vagaba por sus labios la sonrisa de su bienestar: si todo le sonreía, justo era que también ella sonriera á todo.

Ocupada en su labor, y probablemente entretenida con sus pensamientos, no había visto que dos personas desconocidas llegaban al cenador.

Una de estas dos personas, apoyada en el brazo de la otra, era hermosamente rubia, y pretendía cubrir la rica profusión de sus rizos con un pequeño sombrero, que dejaba caer sobre el rostro la suave nube de un velo blanco.

Cuando el ruido de las ramas agitadas hizo que Juana levantara los ojos, se encontró con ella en

el momento en que aparecía bajo el arco frondoso formado por los manzanos que sostenían el pomposo edificio del cenador.

Juana, sorprendida por aquella visita inesperada, apartó el costurero, y poniéndose de pie, exclamó.

—¡Ah!..... ¡Señora!.....

—Perdone usted—dijo ella—que haya llegado hasta aquí sin permiso de nadie; pero es el caso que no hemos encontrado á quien pedírselo.

—La falta—replicó Juana con semblante risueño—es imperdonable, y en castigo va usted á hacerme el favor de sentarse.

La señora á quien iban dirigidas esas palabras las acogió con afable sonrisa, y desprendiéndose del brazo de su compañera, alzó el velo que cubría su rostro, y se sentó haciendo de paso una ligera cortesía.

Juana no pudo ocultar la impresión que su belleza le causaba, y sintió al mismo tiempo curiosidad por saber quién era aquella mujer tan hermosa.

—¿Es la señora generala de..... á quien tengo el honor de ver en mi casa?—le preguntó.

—No—contestó ella, sonriendo de nuevo.

—¡Ya!—añadió Juana:—usted es, sin duda, la señora viuda de cuyo talento oigo hablar muchas veces á mi marido.

—Tampoco—se apresuró á responder.

Comprendió la mujer del Vecino que aquella criatura tan bella quería ocultar su nombre, y no

hizo más preguntas; pero quiso disculpar las que ya había hecho, diciendo:

—No extrañe usted mi impertinencia. Hago una vida tan retirada y tan solitaria, que puedo asegurarle á usted que no conozco á nadie. Hemos venido á pasar aquí el verano: estamos ya cerca de un mes, y todavía no he ido una sola vez al establecimiento.

—Es muy natural—dijo la desconocida—que desee usted saber mi nombre; y puesto que no me he valido de nadie para llegar hasta aquí, yo misma me serviré en este caso: tengo, pues, el gusto de presentar á usted á *Madame Albert;* la que me acompaña es mi doncella.

Ante aquel nombre desconocido, Juana no supo de qué cumplimiento valerse, y por decir algo, preguntó:

—¡Ah!..... ¿Es usted casada?

—Vivo habitualmente en París—le contestó.—*Monsieur Albert* encuentra allí el gran centro de sus negocios. Yo he venido á tomar las aguas de Cestona.

—¿Por capricho?—preguntó Juana.

—No—le contestó.

—¡Cómo! ¿Esta usted enferma?

—Sí.

—¡Oh! Parece increíble.

—Padezco una dolencia que se hace rebelde.

Juana buscaba en aquel rostro fresco y sonrosado alguna señal que diera indicios del padecimiento, y no encontrándola, dijo:

—Los médicos inventan alguna vez enfermedades que no existen.

—Mi dolencia—replicó *Madame Albert*—es verdadera.

—A lo menos—insistió Juana—será una dolencia fácil de llevar.

—¡Oh no!—exclamó *Madame Albert.*

—¿Los nervios, sin duda?—preguntó Juana; y luego añadió:— ¡Pícaros nervios!

—No—contestó la enferma;—es una afección moral.

—¿Sí, eh?

—¡Pues! Padezco de tristezas.

La mujer del Vecino contempló un momento á *Madame Albert*, y elevando ligeramente el labio inferior, movió la cabeza con aire compasivo, exclamando:

—¡Tristezas!

—Sí.

—¿Y por qué?

Madame Albert se encogió de hombros, y con el extremo de su sombrilla comenzó á trazar caprichosos dibujos sobre la arena que cubría el suelo.

La alegría tiene también sus vanidades, y Juana dijo irreflexivamente:

—He ahí una enfermedad que no conozco.

Y viendo que sus palabras no causaban en la enferma un efecto muy agradable, se apresuró á añadir:

—Usted es joven, es hermosa, es rica, y es im-

posible que su marido no le profese el afecto más tierno.

—Es verdad; no puedo quejarme de *Monsieur Albert*, porque, á pesar de la barahunda de negocios en que vive, y á pesar también de sus sesenta años, me rodea de exquisitos cuidados.

En la franca fisonomía de Juana apareció una expresión que indicaba asombro, y comprendiendo *Madame Albert* el motivo de su sorpresa, dijo:

—Sí; *Monsieur Albert* ha cumplido ya sesenta años.

—Tanto mejor—añadió Juana con bondadosa naturalidad.— Así encontrará usted en él, además del afecto de marido, el cariño de un padre.

—Sin duda, señora—contestó la enferma, clavando los ojos en su doncella, que permanecía de pie á la entrada del cenador.—Pero veo—siguió diciendo—que ha abandonado usted su labor, y sentiría que mi visita fuese importuna.

—Nada de eso. Ya ve usted con qué franqueza la he recibido.

Madame Albert se inclinó ligeramente, aceptando aquel agasajo, y luego dijo:

—Yo también huyo del trato de las gentes; la soledad me molesta menos que el bullicio de la sociedad: así es que vivo en el establecimiento enteramente retraída. Como sola; algunos días me sorprende la mañana en medio de estos valles pintorescos, y todas las tardes, esquivando el encuentro de los importunos, doy después de comer mis largos paseos. Esta tarde hemos llegado á este sitio, huyendo de la algazara que tienen allí. Hoy les ha dado por la música, y bailan como unos locos; y la música aumenta mi tristeza, y el baile me ataca los nervios.

La doncella de *Madame Albert* miró las frescas manzanas que pendían sobre su cabeza, sonriendo imperceptiblemente.

—Sí—afirmó Juana;—ya sé que se divierten mucho en el establecimiento; mi marido es allí un gran tercio, y él me lo cuenta todo. Anoche, sin embargo, no me contó nada: llegó, se acostó, y se durmió en seguida.

La enferma detuvo sus ojos distraídos en el costurero, exclamando:

—¡Ah! ¡Esa gorra es preciosa!

—Muy sencilla—añadió Juana, colocándola en su mano como en un molde.—Ya ve usted: unos encajes y un lazo; ni más, ni menos.

—Ahora observo que está hecha para la cabeza de un niño.

—Sí, señora; para un niño la estoy haciendo.

—¡Ya! ¿Tiene usted hijos?

La mujer de Jaime bajó los ojos, y se puso un poco encarnada.

—Aun no—contestó sencillamente.

Hubo algunos instantes de silencio, durante el que Juana contemplaba la gorra, *Madame Albert* hacía rayas profundas en la arena con el bastón de su sombrilla, y la doncella, apoyada en el tronco del manzano, seguía mirando las manzanas medio escondidas entre las hojas.

Este silencio le pareció á Juana una descortesía por su parte, y lo rompió, diciendo.....

Pero hagamos aquí punto, para que el lector descanse algunos momentos y reflexione, si es naturalmente reflexivo; y si no lo es, démosle tiempo para que vuelva la hoja y busque la continuación de este diálogo en el capítulo siguiente.

XI

INTIMIDADES

Ante todo, Juana invitó á *Madame Albert* á pasear por la pequeña huerta y á coger las flores y las frutas que fueran más de su agrado. Cosas que ella rehusó por hallarse fatigada del largo paseo de aquella tarde. Mas la invitación se extendió á la doncella, y ésta, que por lo visto no se sentía cansada, aceptó el ofrecimiento, después de haber obtenido de su señora el permiso necesario para aceptarlo.

Quedaron, pues, solas en el cenador *Madame Albert* y Juana.

Entonces fué cuando ésta dijo:

—Las aguas de Cestona tienen mucha virtud, y los aires de estas montañas son puros y sanos:

la alegría de estos valles disipará al fin esas tristezas.

La enferma movió á uno y á otro lado su hermosa cabeza, no disimulando la poca confianza que le inspiraba el pronóstico.

—Vea usted, señora—siguió diciendo Juana—cómo se divierten en el establecimiento. Usted debiera hacer lo mismo.

El extremo de la sombrilla de *Madame Albert* se hundió más profundamente en la arena, y asomó á sus labios una especie de sonrisa árida y amarga.

Juana añadió:

—Es verdad que el mundo no consuela; pero al fin distrae: usted es muy joven, muy hermosa, y debo creer que muy rica: ¿por qué no ha de ser usted dichosa?.....

Madame Albert no contestó nada á esa cariñosa pregunta. No hizo más que fruncir sus primorosas cejas.

Á la mujer del Vecino empezaba á interesarle aquel padecimiento misterioso, y guiada por los impulsos de su natural bondad, se propuso distraerla de tan acerba tristeza.

—Mire usted—le dijo:—yo no soy hermosa, no soy rica, y sin embargo mi corazón está lleno de alegría.

—Usted—le contestó la enferma con acento algo áspero—empieza ahora á vivir.

—¡Señora!—exclamó Juana:—debo tener algún año más que usted.

—Es lo mismo—le replicó.—Mi juventud, mi

hermosura y mi riqueza de nada me sirven, porque yo *tengo ya un pie en el sepulcro.*

Las palabras que he subrayado las pronunció dando á su voz una inflexión sarcástica y dejando escapar una carcajada, que Juana no pudo oir sin estremecerse, no ocultando en la expresión de su semblante el espanto que la causaba.

Llegó á temer si aquella mujer estaría loca, porque lo que estaba viendo le parecía inexplicable.

Madame Albert le dijo dulcemente:

—Duda usted de la sinceridad de mis palabras, porque acaso sospecha usted que es mi cabeza la que no está sana. No me sorprende.

—Perdone usted—replicó Juana;—pero *¡un pie en el sepulcro!*..... ¡Oh! ¡eso es increíble!..... La muerte no tiene, por cierto, las mejillas frescas y sonrosadas, ni los ojos llenos de vida.

—Entonces—añadió *Madame Albert*—devuélvame usted el juicio, que sin duda acaba de quitarme; porque la locura no tiene tampoco las mejillas frescas y sonrosadas, ni los ojos apacibles.

—Es verdad—dijo Juana.

—Pero, ¡bah!—exclamó la enferma irguiéndose:—no hablemos ni de mis locuras ni de mis dolencias. Me parece más agradable otra conversación cualquiera. Usted tiene el corazón lleno de alegría: ¿no es esto?.....

Juana era uno de esos corazones ingenuos que nada saben ocultar, ó más bien que no tienen que ocultar nada, y respondió sencillamente:

—¡Oh! sí: yo siempre estoy alegre.

De nuevo el semblante de *Madame Albert* pareció nublarse; mas la mujer del Vecino quiso corregir aquel alarde de su felicidad, y sacudió la cabeza, diciendo:

—En verdad, yo también tengo mis tristezas; porque al fin mi dicha, como todas las dichas de este mundo, ha estado en la vuelta.....

Madame Albert completó la frase añadiendo:

—¿En la vuelta de un dado?

—Es igual, señora: en la vuelta de un vals.

—¡De un vals!.....

—Eso es.

—¿Y cómo?

—¡Ah!.....

—Eso debe ser curioso.

—Mucho.

—¿De manera que usted le debe su alegría á una vuelta de vals?

—Sin duda.

—Nada más natural: ¡un vals es una cosa tan alegre!.....

—No lo sé—dijo Juana encogiéndose de hombros;—porque yo no he valsado nunca.

—¡Entonces!.....—preguntó admirada *Madame Albert.*

—Es una historia—siguió diciendo Juana—una historia con la cual me he reído muchas veces, porque Jaime la cuenta admirablemente.

—¡Jaime.....!

—Sí.

—¡Oh! ¿Y quién es Jaime?

—Jaime, señora—contestó Juana con cierto orgullo—es mi marido.

—Ya.

—Todavía no hace un año que nos casamos.

—¿Y Jaime—preguntó *Madame Albert*—cuenta esa historia con mucha gracia?

—Mi marido—contestó Juana—le da tanto realce á todo lo que cuenta, que si usted le oyera referir esa historia no padecería esas tristezas que padece.

—¿De manera que el lance fué chistoso?

—Chistosísimo.

La enferma apoyó el codo sobre la rodilla y la barba sobre el hueco de la mano, inclinándose hacia Juana, dispuesta á oir de sus labios el chistoso relato.

—Yo—dijo ésta—no sabré darle la gracia con que Jaime la cuenta.

—No importa—replicó *Madame Albert;*—porque, á pesar de esa modestia, estoy segura de que ha de divertirme.

—Pues bien—dijo Juana, plegando entre sus dedos el extremo del peinador:—Jaime y yo nos hemos conocido desde niños; hemos jugado juntos; juntos hemos crecido. Mi madre creyó que al fin sería mi marido.....; pero.....

—¡Cómo!—exclamó la enferma interrumpiéndola.—¿No están ustedes casados?

—Sí—contestó Juana.—Mas aquí empieza la historia.

—Veamos.

—Es el caso que yo empecé á advertir cierta frialdad en Jaime, cierta reserva, ¡qué sé yo! Iba menos á verme, evadía todo encuentro conmigo. Por supuesto, yo nunca le di una queja, ni le puse mala cara, aunque á mis solas tuviera algunas veces que enjugarme los ojos al pensar en su desvío. En fin: no quiso engañarme, y me desengañó. ¡Pobrecillo! Era él el que se engañaba. En una carta de cuatro renglones me confesó que no era dueño de su corazón. Entonces le escribí yo una carta muy larga, asegurándole que estaba agradecida á su lealtad; que siempre me interesaría por su dicha, y, en fin, que nunca dejaría de ser su amiga y su hermana. Renuncié á toda esperanza con las lágrimas en los ojos; pero contenta, porque estaba resignada con mi suerte.

—¡Oh!—exclamó *Madame Albert* sonriendo.—Eso no deja de ser chistoso.

—Pues ahora—siguió diciendo Juana—entra lo mejor. Imagínese usted cuál sería mi sorpresa, cuando al otro día muy temprano se presentó Jaime en mi casa. En sus ojos, encendidos por la falta de sueño, vi claramente que había pasado la noche Dios sabe cómo. Además, el esmero y á la vez el desorden de su vestido me lo confirmaron. Pues había pasado la noche en un baile, y aquella era la bendita hora en que aun no había pegado los ojos. Al verme se arrojó á mis pies, se llenó de injurias, nos hizo llorar á todos, abrazó á mi madre y pidió mi mano, y entregándome la carta que yo le había escrito, me dijo: «Toma; esa carta ha sido

mi salvación; guárdala como un tesoro.» ¿Á quién dirá usted que le debí esa trasformación?.....

—No sé—contestó *Madame Albert*.

—Á un vals.

La enferma miró fijamente á Juana, repitiendo:

—Á un vals..... ¿eh?

—Ni más, ni menos.

—¿Y cómo fué eso?.....

—Esa es la parte—dijo Juana—que yo no sé contar; pero, en fin, la diré como pueda: Jaime, que era entonces muy loco, se había prendado de una de esas mujeres que se pasan la vida en el tocador, de esas que viven en las calles, en los paseos, en los teatros y en los bailes, y él se dedicó á seguirla por todas partes. Al fin se decidió, y en un baile, no sé dónde, se entendieron. Ella le dijo: «Hable usted á mamá, asedie usted á mamá, conquiste usted á mamá.» Jaime repite estas palabras de un modo que es morirse de risa. Fué en busca de la mamá, y, como es tan aturdido y algo corto de vista, chocó tan fuertemente con una señora, que estuvieron los dos á punto de caer en tierra. Ella puso el grito en el cielo, él se puso por las nubes, y los dos se pusieron de vuelta y media. En esto paró la atención, y vió que aquella señora era la mamá. Figúrese usted qué lance.

Madame Albert oía atentamente el relato de Juana, que siguió de este modo:

—Se deshizo en excusas, y como Dios le dió á entender, le hizo presente sus pretensiones; y como la mamá era madrastra y viuda, tomó el rábano por

las hojas, creyéndose objeto de aquella solicitud. Dice Jaime que cuando se convenció de su engaño tocaba el cielo con las manos, y en venganza le negó la mano de su hija, que entre tanto bailaba en el salón como una descosida. Volvieron á reñir, y por poco se arañan. Jaime le volvió la espalda; huyendo de la madre, iba en busca de la hija, resuelto á robarla; pero la encontró valsando de un modo, que cuando Jaime lo pinta da vergüenza; y, ¡ya ve usted!: así valsan todas. Entonces se puso furioso: quiso matar, quiso matarse, y concibiendo los más descabellados proyectos, la emprendió de nuevo con la madrastra: ¡él mismo asegura que estaba loco!..... En esto se oyó en el salón del baile un gran murmullo, risas, exclamaciones..... porque una pareja de las que valsaban había tropezado, rodando por la alfombra. Según Jaime, el *batacazo* fué terrible, y ella se levantó como pudo; es decir, cojeando. Este espectáculo, á la vez vergonzoso y risible, causó en Jaime una impresión profunda, y saliendo del error en que se hallaba, me devolvió su cariño. Ya ve usted si es cierto que debo á una vuelta de vals toda mi dicha.

—Ciertamente—contestó *Madame Albert*, con acento que parecía conmovido.

Luego preguntó:

—¿Y se casaron ustedes en seguida?.....

—En seguida no—dijo Juana.—Yo alargué en dos años el plazo para nuestro matrimonio; porque necesitaba esa prueba de su constancia.....; pero él es bueno, y ya lo tengo seguro.

Madame Albert se sonrió de un modo particular; se sonrió apretando los dientes.

—¿Y son ustedes dichosos?.....—preguntó de nuevo.

—Mucho: él vive contento; y en cuanto á mí..... ¡Ah!..... Jaime sabe hacer la felicidad de la casa..... Es imposible vivir con él y no ser dichosa.

La enferma inclinó la cabeza, y se mordió los labios.

Juana lo advirtió, y dijo:

—Veo que no la divierten á usted mucho estas intimidades de mi vida.

—¡Oh, sí!—exclamó *Madame Albert*.—Me divierten, me distraen mucho.

—Así—continuó Juana—pasamos la vida siempre riendo. Algunas veces suele haber nubecillas; pero pasan pronto. Cuando me ve enojada, encoge una pierna, se hace el cojo, y me dice: «¡Eh, señora! no puedo con las malas caras..... No te fies, porque ya sabes de que pie cojeo.....» Al oir esto, por muy enojada que esté, suelto la carcajada, y vuelve á salir la historia del vals. Pero ¡bah!.....: estamos aquí con estas niñerías, y empieza á obscurecer, y este aire de la noche puede causarle daño. Pasaremos á la casa.

—No—dijo la enferma;—es ya tarde.

—¡Está usted muy pálida!.....—exclamó Juana.

—Puede ser.....; mas me siento perfectamente.

Y poniéndose en pie, llamó á su doncella, que acudió al instante, colocándose á su lado.

Madame Albert cogió el brazo que la doncella le presentaba, y dijo á Juana:

—Crea usted, señora, que no olvidaré este encuentro que la casualidad me ha proporcionado: el lance del vals es delicioso, y le agradezco en el alma la confianza con que me ha contado las intimidades de su vida.

Juana recibió este cumplimiento con toda la afabilidad que encontró á mano, y acompañó á su nueva amiga hasta los dos grandes perales que formaban el pórtico de la huerta.

Allí se despidieron de nuevo, y al estrechar Juana la mano de *Madame Albert* sintió en ella un ligero estremecimiento.

Viéndola cruzar lentamente, y siempre apoyada en el brazo de su doncella, el puente de la ría, dijo:

—Es muy hermosa; mas sin duda está enferma.

Volvió Juana al cenador; recogió cuidadosamente el costurero, y llevando puesta en la mano como en un molde la pequeña gorra de encajes, exclamó, mirándola con aire de triunfo:

—¡Oh, sí; esta gorra es preciosa!

Así se dirigió por la senda que conducía á la casa, diciendo:

—Jaime no habrá vuelto todavía.

Luego añadió:

—¡*Madame Albert!*..... ¡Pobre criatura!..... Sin duda alguna está enferma.

XII

ASALTO

Cuando *Madame Albert* entró en su cuarto, abandonó el brazo de la doncella, lanzó lejos de sí la sombrilla que llevaba en la mano, y, acercándose á una butaca, se desplomó en ella.

Una vez sentada, arrancó de su cabeza el delicado sombrero que la cubría, entregándolo á los cuidados de su doncella, y escondió el semblante entre las dos manos.

Respiraba de un modo que bien hubiera podido creerse que todo un huracán rugía dentro de su pecho.

Permaneció así algunos instantes, después de los que alzó airadamente la cabeza, gritando:

—¡Luz! ¡luz!